



Prólogo

Hace cinco siglos nuestro mundo estuvo a punto de caer en manos de entidades que llevaban miles de años tratando apoderarse de él. Esto hubiera sumido a toda la humanidad en una guerra tan antigua (porque eran dos los bandos que se disputaban el planeta) que no queda criatura viva capaz de recordar sus inicios. Aquello fue impedido en el último momento por un grupo de valerosas personas que, por tal de salvar el mundo, sacrificaron sus vidas. Aunque, por desgracia, dicho sacrificio no nos libró definitivamente del peligro, porque transcurridos esos cinco siglos, concretamente en el año 2000, aquellas entidades tratarían una vez más de llevar a cabo sus objetivos...

Pero *alguien* tramó un meticuloso plan que pondría una vez más en jaque las intenciones de estos seres. Aunque, tal y como suele ocurrir siempre en estos casos, esto supuso un gran sufrimiento para todos

aquellos que, en contra de su voluntad, se vieron envueltos en dicho plan... Yo mismo padecí muchas desgracias, y mi abuelo antes que yo. Y cuando todo esto acabó, decidí transcribir nuestras vivencias, para que no cayesen en el olvido. Muchas de las historias me fueron confiadas en persona por aquellos que las vivieron, otras, por sus seres queridos, y algunas me fueron narradas por sus espíritus o ecos, como es el caso de la historia que leerás a continuación.

Antes de que comiences a leer, quiero advertirte sobre algo:

Si lo que esperas de este libro es que sea agradable, que tenga una trama amigable y un final muy, muy feliz en el que sus protagonistas terminen comiendo pasteles y bebiendo zumos en mitad de una amplia pradera verde bañada por el sol, déjalo donde lo has encontrado y búscate otro; este no es tu libro. En estas páginas hallarás dolor, pena, miedo y sufrimiento. La protagonista de esta historia, la pequeña Emilia Anaya Malsete —Emily para los amigos—, se ve envuelta sin desearlo y sin poder remediarlo en una de las partes del susodicho plan: la más importante de todas. De buenas a primeras su tranquila vida en el pueblo de Gorate, su

felicidad, se hace añicos, y queda expuesta a terrores y peligros que jamás hubiera imaginado que existieran.

Y ahora quisiera darte un consejo:

Ahórrate el disgusto y cierra este libro. Búscate otro más agradable, por ejemplo, uno que narre las aventuras de un repartidor de comida a domicilio que sufre un accidente de tráfico en 2019, perdiendo el conocimiento. Al despertar, descubre que se encuentra en el siglo veinte, en 1992...



Día uno de febrero de 1988

—¡Emily! —gritó una voz femenina, pero nadie respondió—. ¿Emily? —llamó de nuevo, y nuevamente obtuvo un silencio como respuesta.

La pequeña de siete años de edad dormía plácida y profundamente en su mullida y calentita cama (tan profundamente que ni siquiera oía los gritos de su madre, que llevaba ya un buen rato llamándola). Aquella mañana hacía mucho frío en Gorate, y Emily se había arrebujado tanto en sus mantas que más que una niña durmiendo parecía una oruga oculta en su crisálida; solo se veía algo de su cabello castaño claro salpicado por algunos mechones blanquecinos. Una densa niebla lamía las ventanas de su dormitorio y el viento las golpeaba, haciéndolas temblar. Alba, la madre de la Emily, acababa de prepararle el desayuno: un succulento tazón de copos

de chocolate con leche caliente aguardaba a la niña sobre la mesa de la cocina.

Eran las siete y media de la mañana del día martes uno de febrero de 1988 —tres días antes de que la niña se viese envuelta en la terrible aventura que marcaría para siempre su vida—, y la pequeña Emily debía levantarse cuanto antes para vestirse, acicalarse y desayunar. Y después, para aguardar la llegada del autobús que la llevaría a la ciudad de Torreleones, tendría que caminar hasta una de las tres puertas presentes en la robusta muralla que rodeaba todo el pueblo de Gorate: la Puerta Sur.

—¡Emilia Anaya Malsete, baja de inmediato! —gritó Alba una vez más desde la cocina, que se encontraba en la planta baja de la casa, en la misma entrada; con la intención de ganar algo de espacio extra, en su momento reformaron la vieja casa de piedra en la que vivían, y unieron la entrada con la cocina y la comunicaron con el salón mediante un amplio arco de piedra—. ¿Emily, voy a tener que subir a... —Alba no tuvo que acabar la frase. Emily abrió de par en par sus enormes ojos almendrados de iris verdes con un toque de amarillo.

—¡Ya estoy despierta, mamá! —gritó la pequeña—. Me visto y bajo, ¿vale? —añadió, temerosa

de que su madre decidiera subir a buscarla. Alba era muy buena madre, y muy cariñosa, pero cuando se le agotaba la paciencia... daba auténtico miedo.

—Son las siete y media. Tienes exactamente veinte minutos para prepararte, desayunar y marcharte... ya sabes que debes estar en la parada como mucho a las ocho y diez, o perderás el bus y tu padre tendrá que volver desde Torreleones para llevarte a la escuela —espetó Alba, que ahora se encontraba al pie de las altas escaleras que daban acceso a la primera planta, donde se encontraba el dormitorio de Emily y el suyo.

La pequeña pateó las mantas que la envolvían, catapultando al mismo tiempo a Marie por los aires, y de un salto bajó de la cama. Marie era una gatita persa blanca y negra de cinco meses de edad, y una de sus dos mejores amigas en este mundo. Por suerte los gatos son ágiles y de reflejos rápidos, y el animalito aterrizó de pie en su canastita de mimbre, sobre su mullido cojín de plumas de pato. Emily había fabricado ambas cosas con sus propias manos para que su mascota tuviese su propia cama —era muy habilidosa, y contaba con algunos dones más que la hacían muy especial—. Aunque cuando su amiga humana dormía, la gatita prefería acompañarla; solo usaba la canasta cuando la niña no estaba en casa.

—¡Perdón, Marie! ¿Estás bien? —Como respuesta obtuvo un ronco y agudo maullido—. Menos mal... creía que te había lastimado. Échate en tu camita, ¿vale? Cuando acabe de desayunar te subiré un poco de leche caliente —la gatita respondió con otro ronco maullido.

Habían pasado ya unos tres meses desde que Emily encontró a su amiguita. Aquel lluvioso viernes de finales de noviembre de 1987 fue aún más frío que aquella mañana. La gatita había sido abandonada junto a sus dos hermanos en el interior de un viejo cubo de basura que se encontraba en uno de los callejones más oscuros y menos transitados del pueblo. Por culpa de un antiguo cuento se lo conocía como *el callejón del Coco*, pero su verdadero nombre era *el pasaje de Atrás*. Se trataba de una estrecha callejuela que en su día albergó a una quincena de vecinos, aunque para aquel entonces aquellas viejas casas de piedra gris con tejado negro de piedra pizarra, idénticas a la de Emily, estaban ya tapiadas. Llevaban algunas décadas en desuso, desde que sus moradores decidieron abandonarlas después de haber perdido a sus hijos o nietos en extrañas circunstancias; según contaban los más supersticiosos del pueblo, algo

que en Gorate abundaba, a los niños se los comió el *Coco* —la realidad era otra que no te incumbe—.

A causa del frío y del hambre, los dos hermanitos de la gatita habían muerto cuando Emily llegó hasta el cubo, y a Marie no le faltaba demasiado para reunirse con ellos. Por suerte, la pequeña escuchó el casi inaudible maullido de la gatita implorando auxilio y, aunque lo meditó bastante, porque aquella estrecha y sucia callejuela le daba mucho miedo, finalmente decidió internarse en ella y la rescató. Por desgracia, debido al frío y la humedad que el animalito tuvo que soportar, Marie quedó afónica de por vida.

Aquello fue un pequeño milagro, porque a la gatita apenas le quedaban fuerzas para maullar, pero ya sabes que Emily contaba con ciertos dones que la hacían especial, y ese era uno de ellos: un oído muy fino, tanto que el zumbido de los mosquitos que en verano invadían su dormitorio la volvían loca; más que mosquitos parecían aviones sobrevolando la habitación. En un primer momento sus padres se negaron en rotundo a que se quedase con la gatita. En realidad fue su madre quien se negó: detestaba a los animales, especialmente a los gatos. Pero tras mucho suplicarlo y bajo la promesa de que Marie sería únicamente su responsabilidad, le

permitieron adoptarla; aunque Alba siguió odiándola igualmente.

Conforme Marie se hizo una rosca en su canastita, la niña se calzó sus pantuflas rosas y corrió hasta el alto y robusto sifonier de madera negra —sí, lees bien, madera negra y no pintada de negro— que ocupaba la esquina junto a la puerta del dormitorio, y de uno de sus cajones sacó un viejo cepillo de celdas duras y picudas con el que peinó su larga y rizada melena; tan larga que le llegaba casi hasta las caderas. Cepillarse el pelo era algo que amaba y odiaba a partes iguales. Lo amaba cuando su mamá se lo peinaba porque, aparte de que lo hacía sin darle tirones, después se lo adornaba con lazos, moños y florecillas. Pero cuando debía peinarlo ella, lo odiaba; cada mañana despertaba con todo el cabello enmarañado, y deshacer los nudos con el cepillo era algo bastante molesto.

—Ojalá mamá subiese a peinarme... cuando ella lo hace nunca me duele —se dijo al tiempo que luchaba contra un nudo. Lo miraba fijamente con unos ojillos llorosos—. Es como si hiciera magia; pasa el cepillo, y deshace todos estos molestos nudos sin que me entere. — La pequeña desvió la mirada hacia la esquina que se encontraba junto a la ventana del dormitorio, desde allí

su querida abuela la observaba en silencio, esbozando una tierna sonrisa—. ¡Hola, abuela! —La anciana anduvo hacia la niña y posó una arrugada mano sobre la cabecita de su nieta.

Durante unos segundos la observó fijamente con sus ojos de iris amarillos con un toque de verde; aunque sonreía, su mirada transmitía tristeza. Después se agachó y le dio un beso en la cabeza, y acto seguido se transparentó hasta que desapareció. Como ya te imaginarás, lo que la pequeña acababa de ver era el fantasma de María Masete, su abuela materna.

—Jo, Marie... hoy la abuelita parece estar triste. Luego iré al cementerio para hacerle una visita. —Aquel era otro de sus dones, uno que compartía con su madre. En presencia de Alba no hacía alarde de poseerlo, pero su querida mamá era plenamente consciente de que ella también veía a los ecos de los difuntos recientes y a los espíritus que poblaban el pueblo de Gorate. Desde que descubrió que su hija poseía ese don, Alba le prohibió hablarle a la gente sobre ello, incluso a su padre.

Cuando terminó de luchar contra su encrespada melena, Emily corrió hacia el ropero que se encontraba en la otra esquina del dormitorio, en línea con la ventana. Con solo mirarlas, abrió ambas puertas —otro de sus

dones, aunque este solo funcionaba de vez en cuando—, y comenzó a buscar su vestido favorito, uno gris con florecillas rojas bordadas, y unos calcetines largos de lana del mismo color.

—¡Emily! —gritó Alba desde la plata baja—. ¿Cuánto te falta? Al final tendré que llamar a tu padre al *Busca* para que venga a por ti... —Ya eran las ocho menos veinte. En diez minutos debía vestirse, desayunar y encaminarse a la Puerta Sur. «*Y ahora una pequeña aclaración... Por si lo desconocías, lector, un Busca era uno de aquellos aparatitos negros capaces de recibir mensajes de texto que la gente usó hasta la década de los noventa para estar localizable. También se los conocía como Beeper. Hoy en día todavía se usan en algunos hospitales*».

Por suerte Emily no tardó en dar con el vestido. Era el único regalo que su querida abuela María pudo hacerle antes de fallecer. Lo confeccionó cuando la niña solo tenía un año de vida, y aun así fue capaz de ajustarlo a las medidas que tendría a los siete años. Era un vestido corto de gasa teñido en color gris oscuro y adornado con cientos de *verbenas rojas* que su querida abuela había bordado a mano. Aquel fino vestido no era el atuendo más adecuado para los meses de invierno de Gorate, pero

la niña se empeñaba en usarlo siempre que lo encontraba en su ropero, a pesar de que solía pasar bastante frío.

—¡Ya estoy vestida! —gritó al tiempo que se ponía el vestido—. ¡Bajo ya! —gritó conforme se ponía los calcetines y se calzaba unas manoleteras negras de piel que la aguardaban junto a la puerta de la habitación.

La pequeña miró la hora en el viejo despertador mecánico que reposaba sobre su robusta mesilla de noche de madera negra emitiendo un repetitivo *tic, tac, tic, tac*; eran las ocho menos cuarto. Tenía exactamente cinco minutos para devorar el desayuno y después tendría que correr como una bala para no perder el autobús, que partía hacia Torreleones sobre las ocho y diez de la mañana. Aquel ruidoso reloj despertador era una auténtica reliquia familiar, primero perteneció a su abuelo paterno, quien había construido la casa en la que vivían ella y sus padres, después perteneció a Tomás, su padre, después a Andrés, su hermano mayor —sí, Emily tenía un hermano mayor sobre el que de momento no voy a hablarte—, y por último lo había heredado ella.

Tanto el dormitorio como algunos de sus muebles habían pasado también por las manos de su abuelo y de su padre; el reloj, parte de la cama y el armario. Los muebles de madera negra eran una herencia por parte de

madre, y solo ella y su hermano los habían usado. Aquella era una madera muy, muy especial y realmente rara, además de difícil y peligrosa de conseguir. Los Malsete eran especialistas en trabajarla hasta que daban forma a muebles robustos y brillantes que eran muy codiciados por según qué tipo de personas, normalmente bastante extrañas y poseedores de dones similares a los de Emily.

La niña salió de su habitación y giró la esquina que había junto a su puerta y, casi volando, bajó las altas escaleras que conducían a la planta baja. Luego corrió a través de un largo pasillo cuyas paredes estaban repletas de viejos retratos familiares —en la pared de la izquierda retratos de los Malsete, y en la pared de la derecha, retratos de los Anaya—, entre ellos uno de sus abuelos maternos y uno de su hermano Andrés. Aunque sabía que iba con el tiempo justo, se detuvo a saludarlos.

—¡Buenos días, abuelitos! —Le dio un beso al retrato—. ¡Buenos días, hermanito! —También le dio un beso.

—Mi pobre pequeña... cuánta falta te hace tu hermano —susurró Alba, que la observaba desde el arco que comunicaba la cocina con el salón. La imagen de su hijo irrumpió en su memoria. Emily y él eran casi

idénticos: largas melenas de cabello castaño rizado con mechones de pelo blanquecino, ojos grandes de iris verdes con toques de amarillo, e igual de delgados—. Nunca debí haber permitido que el Doctor Wells te internase en aquella maldita clínica... ¿Cuándo podremos verte de nuevo? Tu hermana ni siquiera te conoce en persona. —Estaba tan ensimismada pensando en su hijo que no había notado que Emily acababa de pasar junto a ella.

La pequeña saltó sobre una de las sillas que rodeaban la antigua y ajada mesa de la cocina, y devoró la leche con copos de chocolate como si no hubiese un mañana; sí que había un mañana, pero eran ya las ocho menos ocho minutos y debía terminarse el desayuno cuanto antes para correr hacia la parada del bus, que por suerte no estaba demasiado lejos del *barrio del Codillo*, donde se encontraba su pequeña casita de piedra gris con tejado negro de pizarra.

—Toma —dijo Alba, entregándole a Emily un bonobús; a pesar de que se trataba del autobús escolar, había que abonar diariamente el viaje—. Y ten cuidado, no vayas a perderlo como hiciste con el otro... —La miraba fijamente con sus ojos almendrados, uno completamente verde y el otro totalmente amarillo; el ojo

verde le dedicaba a la niña una mirada cariñosa y tierna, el otro, una mirada fría y cortante.

—Lo guardaré en la mochila en cuanto lo pique... ¡Anda, si no llevas puesta tu lentilla verde! —gritó la niña, asombrada al ver los ojos de su madre—. ¡Me encantan tus ojos!

Por culpa de los habitantes de Gorate, en su mayoría devotos religiosos rematadamente supersticiosos, Alba ocultaba su ojo amarillo. Antes de que las lentillas de colores se inventasen oficialmente, solía usar gafas de sol. Digo antes de que se inventasen oficialmente porque otra de las habilidades de la familia Malsete era la de elaborar lentillas de múltiples colores. Eran algo bastante codiciado en Gorate por según qué tipo de personas: los mismos que compraban los muebles de madera negra. Aunque a pesar de que su familia las fabricaba en casa, Alba ella se negaba a usarlas; prefería las gafas, eran *normales y corrientes* y no *algo raro*.

Alba giró la cara.

—Sí, es muy bonito. Y por eso lo oculto, para que nadie lo vea —espetó mirando hacia la ventana de la cocina. Solo le mostraba ese ojo tan inusual a su esposo. El hombre creía que su extraña coloración se debía a una mutación heredada de su madre, porque su suegra tenía

ambos ojos amarillos; y si los hubiera observado atentamente habría descubierto que sus pupilas eran similares a las de los gatos—. Y ahora, márchate, o llegarás tarde. No quiero tener que llamar a papá, que después le dan las tantas y tiene que almorzar en Torreleones..., y no estamos para gastos tontos.

La mujer se agachó y besó a su hija en la frente. La niña le dio un beso en la mejilla y la abrazó con fuerza. Y entonces, tras enfundarse en un grueso chaquetón rojo chillón y de ponerse su reloj Casio en la muñeca, salió de casa corriendo como una bala. Aunque enseguida volvió a entrar.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Alba.

—¿Puedes subirle un poco de leche a Marie!?

—¿No puede esperarse hasta que regreses? —le preguntó de mala gana; ya sabes que la detestaba.

—Es que se lo prometí... y no quiero dejarla esperando. Pero ya es tarde, y si subo no voy a llegar al bus...

—Está bien. Ahora se la subo —respondió, hastiada—. ¡Márchate ya!

—¡Sí! —gritó Emily—. ¡Gracias, mami! —Y finalmente la pequeña salió de casa y enfiló la *calle de la Desgana*, que la llevaría hasta la *Puerta Sur*.

Aunque tuvo que volver a casa una vez más... ¡Se había olvidado la mochila de la escuela! Por suerte, como Alba ya lo intuía, cuando Emily llegó de nuevo hasta la puerta ella ya la esperaba con la mochila en la mano.

—¡Gracias, mami! —Cogió la mochila y salió corriendo de nuevo.

—Igualita que su hermano en todo... —dijo Alba observando cómo su hija se perdía por una estrecha callejuela de piedra—. Tengo que jubilar esa mochila... está hecha polvo. Y sí, mamá, ya sé que la hiciste con toda tu buena intención, pero es que da pena verla —le espetó al espectro de su madre, que le dedicaba una mirada muy triste a su hija; y no era a causa de su deseo de deshacerse de la mochila...

Aquella vieja mochila tan roja como el chaquetón de la niña fue el último regalo que María Malsete pudo hacerle a su nieto Andrés antes de fallecer. Lamentablemente, cuando el niño fue internado en la clínica de salud mental, no pudo llevarla consigo; el Doctor Wells se negó en rotundo. Así que conforme Emily tuvo uso de razón, se adueñó de ella; de ese modo cada día podía usar dos regalos de su querida abuelita, aunque originalmente uno de ellos no le perteneciera.



Capítulo I

La espesa niebla ya se había disipado cuando Emily se lanzó a la calle. El sol brillaba alto en el cielo, y con su cálida luz bañaba las frías, pedregosas y antiguas calles de Gorate —a pesar de ello, todavía hacía mucho frío—. Un abundante manto de rocío, que ya empezaba a condensarse gracias al calor del sol, cubría aún los tejados de aquellas viejas casas. Lentamente comenzó a escurrirse por las planas tejas negras de piedra pizarra, formando pequeños riachuelos que goteaban en los antiguos canalones de barro anclados a los laterales de los tejados; en el interior de todos ellos se formaban de nuevo pequeños ríos, que desembocaban en los antiguos bajantes de barro anclados a las paredes de piedra gris de los edificios, y finalmente terminaban desembocando en

las antiguas aceras de adoquines grises, formando enormes charcos.

Sí, correcto, todo en aquel pueblo era antiguo, muy antiguo... triste y gris. Tres misteriosas familias conocidas por los apellidos *Tofone*, *Telmasé* y *Lesselt*, además de los habitantes de *Alderete*, una pequeña aldea que hoy en día ya no existe, lo fundaron en el año 1600 de nuestra era.

Emily giró la esquina de una de aquellas antiguas y encharcadas calles, saltó por encima de un charco, y continuó corriendo calle abajo; a pesar de que había saltado con todas sus fuerzas para rebasar el charco, uno de sus pequeños pies, el izquierdo, aterrizó en él, y su manoletina acabó inundada y su calcetín empapado.

—¡Jo! Ahora voy a estar todo el día con el pie mojado... ¡Odio estas viejas calles llenas de charcos! — exclamó, y siguió corriendo—. Tendré que pedirle ayuda a Alicia...

Hasta donde alcanzaba la vista de la pequeña, todo era calles de adoquines, tanto las aceras como la calzada; pequeños adoquines rectangulares hechos de piedra gris. En su gran mayoría estaban ya muy desgastados por el paso del tiempo, y en muchos otros casos ni siquiera existían, provocando que por aquí y por

allá hubiese bastantes socavones que no eran demasiado grandes, aunque para los pequeños pies de Emily eran enormes; cuando accidentalmente metía el pie en alguno de ellos, se hacía mucho daño.

Dos hombres la observaban detenidamente sin ser ella consciente. Ambos estaban de pie sobre el tejado de una de las casas cercanas. Uno de ellos parecía rondar la treintena; vestía con un traje morado de seda, y debajo de la chaqueta llevaba una camisa negra con una corbata de un rojo muy intenso. El otro aparentaba algunos años menos; un grueso y largo abrigo de algodón negro le cubría el cuerpo desde la mitad del rostro hasta los pies, y observaba a la pequeña a través de unas antiguas gafas de sol con los cristales redondos en los que las calles del pueblo se reflejaban como si fuesen dos pequeños espejos. El hombre del traje era el responsable de urdir el plan que salvaría nuestro mundo, el otro... se puede decir que era su ayudante.

—Y ahí va... —espetó el hombre del traje. Miraba a la niña fijamente con unos ojos tan azules como zafiros al tiempo que esbozaba una sonrisa tan amplia que deformaba la perilla de candado que adornaba su rostro; una prominente dentadura de dientes picudos y afilados quedaba a la vista. Sacó un peine de uno de los

bolsillos de su chaqueta y repeinó un poco más su ya repeinado y brillante cabello negro, corto y liso.

—¿Estás seguro de que es ella? —preguntó el otro. Una corriente de aire hizo ondear su melena de cabello negro salpicada por algunas canas. Su acompañante asintió.

—Sí... Tú mismo la sentiste despertar hace cinco años. Y volviste a captarla ayer —dijo el hombre del traje.

—Es cierto que sentí el alma de Itrayl... Pero eres tú el que asegura que es esta niña.

—Su hermano resultó ser el primero de los tres *sustitutos*. Y hace cinco años, cuando la vi sentadita en su cochecito en mitad de la Plaza, tuve una corazonada con ella... De todos modos lo averiguaremos dentro de un rato, mi querido Joseph.

—Por fortuna el cuento de *los milagros de la Virgen* funcionó, permitiéndonos crear este lugar... — comentó Joseph sin quitarle ojo de encima a la niña. Desvió la mirada hacia el centro pueblo—. Obviando nuestra turbulenta aventura en el Purgatorio, hacer que aquellas almas nacieran en el momento preciso fue fácil. Nuestra búsqueda hubiera resultado bastante dificultosa de no contar con Gorate para forzarlas a ocupar el cuerpo

de algunos de sus habitantes... —Su acompañante sonrió.

—Sí... ya sabes, humanos, son demasiado fáciles de manipular. Basta un poco de magia de la más básica y ¡sorpresa! Se lo han creído todo... —El hombre rompió a reír a carcajadas.

¿Los milagros de la Virgen? Te lo explico. Resulta que Gorate había sido fundado gracias a dos milagros, conocidos desde aquel entonces como *los milagros de la Virgen*. Así figuraba en los libros de historia del pueblo, redactados por los Lesselt. Uno de ellos tuvo lugar el día tres de febrero del año 1600, el otro, el día cuatro de febrero del mismo año. El primero de aquellos misteriosos sucesos fue narrado en exclusiva por un hombre de mediana edad originario de *Alderete*, una pequeña aldea de pastores. Aquel día, el hombre guiaba a su rebaño de cabras a través de los terrenos cercanos a la alta colina sobre la que meses después comenzó a erigirse el pueblo, conocida en aquel entonces como *Colina Torre Torcida*. Y cuando decidió sentarse a la sombra de una alta encina, para tomar un bocado y saciar la sed, presenció la repentina aparición de una misteriosa mujer que se hizo visible luego de que un

fogonazo de luz rojiza inundase por un instante el lugar, cegando al pastor durante unos segundos.

Guiándose por la descripción del hombre, se sabe que la piel de la misteriosa mujer era tan blanca como la leche, su cabello era largo, muy largo, negro y muy brillante; sus ojos eran igual de negros que su pelo, aunque a diferencia de este, carecían de brillo, es más, ni siquiera reflejaban la luz del sol; de ellos brotaban dos sendos ríos de lágrimas tan rojas como la sangre. Según explicó el hombre, la mujer apareció sobre una enorme roca de mármol blanco a medio enterrar en mitad del campo, y conforme lo vio, comenzó a hablarle:

—*«Hijo mío, estás en presencia de la madre de Dios. He descendido de los cielos para comunicarte la voluntad del Creador»*. —Lamentablemente no hay un registro fiable sobre esto, todo son teorías y suposiciones; en aquellos tiempos las personas eran bastante supersticiosas y fáciles de engañar, y no te podías fiar a la ligera de lo que te contaban. Se tiene constancia de que la Virgen le transmitió al hombre un segundo mensaje antes de desaparecer, que podrás leer en un momento. Lo siguiente que ocurrió es que conforme la Virgen desapareció, el pastor echó a correr hacia su aldea para

contarle a alguien lo que acababa de ver, abandonando allí a su rebaño.

La historia del segundo milagro es algo más creíble que la del primero, porque este fue presenciado por varias personas más. Algunas horas después marcharse, el pastor regresó en compañía de algunos de sus vecinos, a los que condujo hasta aquella enorme roca, y todos ellos vieron con asombro que las huellas de unos pies descalzos que parecían ser humanos habían quedado grabadas sobre la piedra; era como si las huellas hubieran sido herradas en el mármol. Aunque de la supuesta virgen no había ni rastro. Al día siguiente, al caer la noche, el pastor y sus vecinos acudieron nuevamente hasta donde se encontraba la piedra, esta vez en compañía del alcalde y del párroco de Alderete, para que dos altas autoridades diesen fe de que las huellas grabadas en la piedra eran reales.

Y ambos dieron fe... sin duda alguna aquellas eran las huellas de unos pies humanos, y por su reducido tamaño, debían pertenecer a los pies de una mujer. Y también dieron fe del segundo milagro, porque conforme el alcalde, el párroco y los vecinos rodearon la piedra al tiempo que el pastor narraba por enésima vez su historia del día anterior, el cielo sobre la *colina* se hendió como

si alguien lo hubiera cortado con un cuchillo y una luz rojiza comenzó a manar de la brecha. La raja en el cielo se ensanchó, mostrándoles un cielo que no era el mismo que tenían sobre sus cabezas. En aquel momento eran las doce en punto de la noche, y el cielo que veían a través del agujero era también un cielo nocturno. Pero este estaba poblado por estrellas que nadie conocía, algunas enormes y centelleantes, otras pequeñas y a punto de apagarse; junto a ellas brillaba con intensidad una luna tan roja como la sangre... la fuente de la luz rojiza.

En un primer momento, tanto el pastor como sus convecinos quedaron horrorizados ante la visión de aquel extraño cielo y del misterioso astro rojo.

—¡Esto es cosa de brujería! —clamaron algunos de ellos y el alcalde.

—¡Es el fin del mundo! —clamó el párroco; ya sabes, los religiosos y su costumbre de asociarlo todo con el apocalipsis.

—¡Es un milagro por obra y gracia de la Virgen! —espetaron al mismo tiempo seis misteriosas personas que segundos antes no estaban allí, todo esto mirando fijamente a los ojos de todos los presentes, que enseguida quedaron convencidos de que aquello se trataba de un

milagro obrado por la misteriosa virgen que el día anterior se había manifestado ante el pastor.

El *segundo milagro* validó el testimonio del pastor sobre el primero y, conforme una de aquellas extrañas personas clavó sus ojos en los de Paco —el pastor—, este transmitió el que según él era el segundo mensaje de la Virgen: «*Tú y tus vecinos erigiréis un templo en mi honor en la cima de aquella colina. Y a sus pies construiréis un pueblo en el que mis fieles vivirán felices y en paz*». La misteriosa virgen fue bautizada como *Nuestra señora de las Lágrimas de Sangre*. A la extraña luna, que desapareció junto al cielo en el que brillaba cuando la brecha volvió a cerrarse, la bautizaron como la *Luna Roja*. El grupo de seis personas, tres hombres y tres mujeres que al parecer debían ser parientes entre sí, recibieron el título honorífico de *Fundadores*, y desde aquel mismo instante guiaron a los aldeanos y les prestaron apoyo económico para comenzar a construir el pueblo tal y como les había encomendado la Virgen, y le dieron el nombre de Gorate.

Digo que esas seis extrañas personas debían ser parientes porque cada pareja de hombre y mujer compartía rasgos muy similares entre sí. Dos de ellos eran de tez tan pálida como la de la Virgen descrita por

el pastor, con la misma melena negra, larga y brillante, y con los mismos ojos negros y sin brillo; vestían de negro de los pies a la cabeza, con ropas de muy buena calidad. Otros dos tenían una coloración de piel común y corriente, pero sus ojos eran amarillos y de pupilas verticales, similares a los ojos de los felinos, y su cabello era blanco como la nieve; estos vestían tal y como lo hiciera la nobleza por aquel entonces. Los otros dos eran bajitos y regordetes, el hombre estaba calvo en la parte superior de la cabeza, aunque de su nuca brotaba una larga melena de pelo castaño, y ambos tenían los ojos azul eléctrico y las pupilas ligeramente rectangulares, similares a las de los ojos de las cabras; estos dos vestían de forma desaliñada.

Los primeros eran los Tofone, los segundos los Telmasé y los terceros los Lesselt.

Guiados por los conocimientos de los Fundadores —todos ellos poseedores de diferentes dones, a cada cual más raro, aunque los aldeanos parecían no percatarse de ello—, los habitantes de Alderete levantaron en la cima de la colina el primer edificio del pueblo: el *Convento de Nuestra Señora de las Lágrimas de Sangre*, y llevaron hasta allí la gran roca de mármol para rendirle culto. Y después, siguiendo los deseos de la

supuesta virgen, construyeron el resto del pueblo. Primero, la zona conocida como la Plaza Central, el centro mismo de Gorate, y desde ahí fueron extendiéndose en círculo, forrando la colina con calles y casas de piedra.

La *Colina Torre Torcida* era ancha en su base, e iba estrechándose hasta terminar en una cima ligeramente plana; parecía una inmensa galleta de cucurucho helado que alguien hubiera dejado allí, tirada del revés en mitad de aquellos campos. Las calles y los edificios del pueblo descendían la colina como si se tratase de cientos de hormigas bajando por la galleta. Todo, tanto edificios como calles y calzadas, fue construido usando piedras grises de diversos tamaños talladas de forma rectangular. Se dice que las piedras habían sido extraídas de la base de la colina, y sí, provenían de ahí, pero no de una cantera, formaban parte de algo bastante antiguo... sobre lo que de momento no voy a hablarte.

Siglos después, Emily corría por esas mismas calles lo más rápido que sus pequeñas y delgadas piernas le permitían. Ya eran las ocho y dos minutos de la mañana; era tarde, aunque aún había alguna esperanza de llegar a tiempo a la parada. Por suerte, el *barrio del Codillo* se encontraba bastante cerca de la gruesa y alta

muralla que los seis Fundadores erigieron para proteger el pueblo de posibles amenazas, y Emily solo debía enfrentarse al último tramo de una calle conocida como *calle de la Agonía*, una calle muy, muy empinada que conectaba el centro del pueblo, la *Plaza Central*, con la *Puerta Sur*, que es a donde ella se dirigía.

—Espero que Alicia haga de las suyas... o mamá se va a enfadar mucho conmigo —dijo Emily al tiempo que apretaba el paso.

En Gorate existían dos puertas más y de mucho más fácil acceso que aquella: la Puerta Este, que colindaba con *el Bosque de los Lamentos*, y la Puerta Oeste, que conducía directamente al *Estanque del Llanto Eterno*: una gran y oscura masa de agua poblada por juncos, sapos y ranas responsable de muchas desgracias. A ambas se llegaba bajando pequeñas rampas y escaleras que se encontraban en mucho mejor estado que la *calle de la Agonía*, pero la única parada de autobús que había en todo Gorate se encontraba junto a la Puerta Sur, así que no le quedaba otra que continuar por ese camino.

En un momento dado la niña se vio obligada a esquivar a una *manada* de ancianos que, sin ninguna consideración por su parte, ocupaban casi toda la calle. La ascendían con dificultad para llegar a la Plaza Central,

seguramente con la intención de ir a la *Iglesia de Nuestra Señora de las Lágrimas de Sangre*, para asistir a la misa matutina. La iglesia había sido construida en el año 1700, y desde 1895 era el lugar de reposo en de las *Reliquias de la Virgen*: la Roca de la Virgen, la piedra de mármol sobre la que la Virgen se manifestó; la Talla de la Virgen, una figura de madera del tamaño de una persona adulta que representaba a la Virgen de las Lágrimas; y el *Orbe de la Virgen*, la reliquia más valiosa de Gorate, una esfera de cristal rojo escarlata del mismo diámetro de un balón de fútbol que, según se contaba, había sido creada por la Señora de las Lágrimas como obsequio a los habitantes del pueblo por haber actuado siguiendo sus deseos —la realidad era otra muy diferente—.

Algunos de los ancianos miraban a Emily con el rostro compungido por la pena. La pequeña ostentaba el título de *la única niña pequeña del pueblo*, otra de sus peculiaridades. Otros tantos la miraban con cierta inquina debido a su ascendencia... los Malsete formaban parte del privilegiado club de *familias apestadas del pueblo*, que eran odiadas por *hacer cosas raras*. Ya te dije que los habitantes de Gorate eran muy supersticiosos, y tanto los Malsete como otras tantas familias, además de las seis familias fundadoras, fueron acusadas en su día —un siglo

después de haber construido el pueblo— de comportamientos inusuales (y razón no les faltaba), y fueron repudiadas por la mayoría de los vecinos.

—Es la nieta de María Malsete... —espetó uno de ellos mirando a Emily con el ceño fruncido. Escupió al suelo—. Maldita bruja adoradora del diablo... — Aquella palabra, «bruja», solía estar siempre en boca de los vecinos de Gorate cuando se cruzaban con ella o con Alba. Emily no entendía por qué las llamaban brujas cuando tanto ellas como su abuelita, cuando aún vivía, solo eran personas comunes y corrientes. Tampoco le daba demasiada importancia, estaba ya acostumbrada a aquella manida cantinela.

La niña les deseó buenos días a todos cuando consiguió esquivarlos, incluso al que había llamado bruja a su abuela. Pensó en no hacerlo, quiso pasarles de largo sin decirles nada, pero Alba siempre insistía en que una niña debía tener buenos modales. Y si mamá se enteraba de que no les había dado los buenos días a aquellos ancianos... se enfadaría con ella, y probablemente la castigaría. La pequeña ojeó de nuevo su reloj de pulsera y vio que eran las ocho y diez; si no se daba prisa y llegaba ya a la parada, perdería el bus y su padre tendría que volver desde Torreleones hasta Gorate para

recogerla, y el resultado de todo aquello sería un castigo por parte de su madre —la medicina de Alba para todo: castigos—. Es posible que te preguntes el motivo que llevaba a Emily a ir a Torreleones a esa hora; la respuesta es sencilla: estudiaba allí, al igual que Alicia, su otra mejor amiga en el mundo.

Por aquel entonces el colegio de Gorate había sido clausurado, y esto no era debido a que el edificio se encontrase en malas condiciones o a causa de la falta de profesores... La razón era que en el pueblo no había niños, ni de la edad de Emily, ni menores o mayores, solo algunos adolescentes. En otros tiempos hubo niños, sí, decenas, pero ya no. Según decía el conocido como el *Niño loco de Gorate*, todos ellos desaparecieron la noche del día cuatro de febrero de 1983, el *Día de la Luna*, día en el que se celebraba la fiesta conmemorativa de la fundación del pueblo. Pero por más que el pobre niño repitió su historia, nadie en todo Gorate fue capaz de recordar a los supuestos niños desaparecidos.

Emily se sabía de memoria aquella historia... el Niño loco era su hermano Andrés, y desde aquel entonces permanecía internado en el *Centro Lesselt para Enfermedades Mentales*, la clínica de salud mental de Gorate y Torreleones, ubicada cerca del centro de la

ciudad. Para albergar la clínica, aprovecharon lo que en otros tiempos fue conocido como *Prisión Lesselt*, un descomunal edificio gris construido por la familia Lesselt en el año 1780 para albergar a aquellos habitantes de Gorate y Torreleones que decidieran ir por el mal camino —como siempre digo, la realidad era otra muy diferente—.

—¡Las ocho y cuarto! —gritó la niña al ojear su reloj de pulsera.

La pequeña enfiló el último trozo de la *calle de la Agonía*. Desde allí veía ya la gruesa y alta muralla que rodeaba el pueblo, y la Puerta Sur, que tenía el rastrillo a medio subir. De día normalmente los rastrillos de las tres puertas siempre permanecían alzados, solo se bajaban de noche. Pero días atrás el de aquella puerta se atascó, y de momento nadie lo había reparado. Al pasar bajo el rastrillo Emily vio que el autobús que debía llevarla a la ciudad seguía en la parada, con el motor apagado, lo que indicaba que sin duda alguna Alicia había hecho de las suyas.

El conductor parecía bastante enfadado. Trataba de poner en marcha el motor, pero no había manera, no arrancaba. Los cables de la batería llegaban sin interrupción hasta el alternador, que giraba sin problema,

el depósito estaba hasta arriba de gasoil, pero el motor no reaccionaba cuando el hombre giraba la llave.

—¡Maldita sea mi suerte! —gritó el conductor; un hombre de unos cincuenta años, muy malhumorado, greñudo, canoso y con una indumentaria bastante desaliñada—. ¡Pero si esta mañana arrancabas bien, cojones! —espetó, y dejó escapar algunos improperios más—. ¿Es posible que sea cosa de los calentadores? ¡Mira que le dije al idiota de Montoya que los cambiase, cojones!

Alicia estaba sentada en la parada, cubriéndose del sol con un parasol negro, mirando el autobús fijamente con sus ojos negros y sin brillo.

—¡Buenos días, Alicia! —espetó Emily al llegar hasta ella. Le dio un fuerte abrazo y un beso en la mejilla, y le susurró—: *Gracias por parar el bus...* —Alicia sonrió.

—No hay de qué, mi querida Emily. No iba a permitir que te quedases en tierra. —La macilenta chica desvió la mirada hacia los pies de la niña y vio que el izquierdo estaba empapado—. *Icamao* —susurró, y del zapato de Emily brotó algo de vapor.

—¡Gracias, Alicia! —gritó Emily, que ahora tenía ambos pies totalmente secos. Su amiga se llevó un

dedo a los labios y ella enseguida guardó silencio. Si sus compañeros de autobús veían a Alicia *usando sus dones*, las dos tendrían problemas.

Alicia Garza Tofone, así se llamaba la segunda mejor amiga de la pequeña Emily. Era la nieta de Eclipsa y Olivier Tofone, los últimos descendientes vivos de dos de los seis Fundadores —eso se decía, eso se contaba. ¿Era la verdad? Ya lo averiguarás—. Solo quedaban ellos dos, los últimos Telmasé y Lesselt habían muerto hacía ya bastante tiempo, concretamente en 1895 los primeros, y los segundos, en 1897. La tez de la muchacha era tan pálida como la de la Virgen, su melena era igual de negra, larga y brillante. Iba vestida con un conjunto bastante sombrío: un jersey negro de cuello alto, una falda negra que le cubría hasta las rodillas, y calzaba unas aparatosas botas militares de media caña bajo las que llevaba unas medias a rayas blancas y negras.

Alicia se puso en pie y, asegurándose antes de que nadie miraba, guardó su parasol de un metro veinte de largo en la diminuta mochila negra de piel —de unos cuarenta centímetros de profundidad— en la que llevaba sus enseres escolares: un puñado de bolígrafos y un par de cuadernos. Sus *dones* hacían eso posible, y muchas

otras cosas más. A Alicia también solían llamarla bruja, y a sus abuelos.

Ambas se acercaron al autobús y subieron a bordo sonriéndole al chófer.

—¿Adónde vais? El autobús no arranca, niñas — espetó el hombre de mala manera—. ¡Bajaos todos! Hoy os vais a librar de ir a la escuela... —Los adolescentes y los niños (estos procedentes de poblaciones aledañas a Gorate) que había a bordo comenzaron a vitorear al conductor.

—¿Podrías tratar de arrancarlo una vez más, porfa? —suplicó Emily, dedicándole al hombre una cálida sonrisa.

—Bueno... tampoco perdemos nada por intentarlo una última vez —replicó encogiéndose de hombros. Giró de nuevo la llave del contacto y, como si de un león se tratase, el motor rugió con fuerza—. ¡Vaya, se ha arreglado solo! —le gritó a nadie en particular—. ¡Niños, sentaos que nos vamos! —bramó aspaventando los brazos, y los pasajeros del autobús dejaron de vitorear y, apesadumbrados, tomaron asiento.

Luego de picar el bonobús, Alicia y Emily caminaron hacia la parte trasera del bus, donde los chicos menos populares del colegio y del instituto se sentaban.

Nadie quería ser amigo de Emily porque era la hermana del Niño loco. Y nadie quería ser amigo de Alicia porque era una Tofone, y a unos les inspiraba miedo y otros, guiados por sus supersticiosos padres, la odiaban. Pero a ambas les daba completamente igual. Se tenían la una a la otra y eso era todo lo que les importaba. Era todo lo que necesitaban para ser felices.

El conductor metió la primera marcha y el autobús salió disparado; era tarde, demasiado tarde, y aunque en Gorate solo debía recoger a Emily y a unos cuantos adolescentes, Alicia entre ellos, aún debía recoger a más pasajeros de camino a Torreleones. El hombre enfiló la única carretera que conectaba la ciudad con el pueblo, atravesando parte del *Bosque de los Lamentos*.

Los misteriosos hombres que observaban a Emily cuando corría por las calles de Gorate se encontraban ahora de pie sobre la muralla que rodeaba al pueblo.

—La nieta de los Tofone... —espetó el que iba vestido con traje de seda.

—Sí... la portadora del *Colgante* —espetó el del abrigo largo y grueso.

—Correcto, mi estimado Joseph —replicó el del traje morado—. En ese aspecto nuestra labor va a ser bastante sencilla...

—Parece ser que sí —añadió Joseph, mirando con pesar el autobús.



Capítulo II

Antes de internarse en el tramo de carretera que atravesaba el *Bosque de los Lamentos*, un lugar temido y odiado por casi todos los goreños —así se llamaban los habitantes de Gorate—, el autobús pasó cerca de otro lugar que también era bastante repudiado: la *Mansión Telmasé*. Aquella enorme mansión de estilo neoclásico fue erigida en el año 1750 por los autoproclamados Marqueses Telmasé (ciento cincuenta años luego de la fundación de Gorate), y durante casi otro siglo y medio, fue el hogar de aquella acaudalada familia, responsable casi en exclusiva de aportar los fondos necesarios para la construcción del pueblo. Llegado el año 1895, sus últimos integrantes fallecieron. Fueron brutalmente asesinados mientras dormían, y nunca se supo quién fue el responsable. Tampoco es que las autoridades de Gorate

y Torreleones se desviviesen mucho investigando aquello... Por aquel entonces hacía bastante tiempo que las familias fundadoras habían sido tachadas de indeseables. Todos miraron para otro lado, y dieron órdenes de tapiar el portón y las ventanas de la planta baja de la mansión para evitar que los niños del pueblo se adentrasen en aquel misterioso lugar.

—*Me encanta la Mansión...* —susurró Emily. Era mejor que nadie la escuchase—. *Algún día me gustaría visitarla.*

—*Hay fantasmas ahí, Emily* —susurró Alicia, y le dedicó una cálida sonrisa a su amiga; observaba la mansión de reojo con intranquilidad. En realidad, había mucho más que fantasmas en la mansión desde hacía cinco años y ella era consciente, por eso nunca pondría un pie en ese lugar ni permitiría que Emily lo hiciera—. *Se dice que los últimos marqueses Telmasé aún habitan el que fue su dormitorio...*

—*Ya... y por eso quiero visitarla* —susurró—. Me encantaría conocer a los espíritus de los últimos Telmasé... —Por descuido aquello último lo dijo en voz alta, y llamó la atención de Fabián, uno de sus vecinos adolescentes del pueblo, el que más disfrutaba martirizándolas a ella y a Alicia.

El chico, de brillante cabello lacio y rubio y ojos azules como el mar, se levantó de su asiento y anduvo hacia ellas; era alto e intimidante, y caminaba con aire chulesco, esbozando una sonrisa burlona que dejaba a la vista sus dientes blancos y perfectos. De cintura para arriba iba enfundado en una chupa negra de cuero, debajo llevaba una camiseta naranja chillón con el dibujo de un musculoso y malhumorado pato blanco estampado en la pechera, que con sus hercúleos brazos sostenía una caja de pizza; formaba parte del uniforme de *Duck Pizza*, una pizzería de Torreleones en la que Fabián trabajaba por las noches. De cintura para abajo llevaba puestos unos tejanos negros, rasgados y bastante ceñidos que se perdían en el interior de unas botas militares idénticas a las de Alicia.

Dos chicos corpulentos que también usaban chaquetas de cuero quisieron seguirlo, pero él les indicó que permanecieran sentados. Si se levantaban los tres a la vez y el conductor se percataba, detendría el autobús hasta que se sentasen de nuevo, aunque ello supusiera un retraso en el recorrido, y después daría parte al director. Eran dos de sus muchos *súbditos*.

—¡Hola, mis queridas amigas! —espetó el chico conforme llegó hasta ellas. Se dejó caer en los dos

asientos anteriores a los de las niñas, apoyó la espalda contra la ventanilla y las miró fijamente—. La hermana del *Niño loco* y Alicia, la bruja...

—Fabián, haz el favor de dejarnos en paz... — espetó Alicia en tono cortante; lo observaba fijamente con sus ojos sin brillo.

—Sí, porfa, déjanos tranquilas... —suplicó Emily con congoja. El muchacho pareció escandalizarse, como si lo estuviesen acusando de hacer algo malo.

—¿Dejaros en paz?, ¿es que acaso os he molestado, amigas? Solo he venido a sentarme a vuestro lado, cosa que nadie suele hacer, para que los tres podamos charlar de esas cosas tan interesantes que cuchicheáis entre vosotras... como eso de visitar la Mansión Telmasé para ver fantasmas. —Los chicos que había sentados a espaldas de Fabián comenzaron a reírse y a cuchichear mirando de reojo a Emily y a Alicia—. ¿Qué haréis después de visitar ese escombros enorme, iréis tal vez al cementerio del pueblo para buscar más fantasmas? He oído que os encanta pasear a solas por allí. —Más chicos rieron, observándolas de soslayo. Emily deseaba hundirse en su asiento. En cambio, Alicia parecía estar enfadándose.

Fabián miró hacia atrás e hizo ademanes con la cabeza, y los mismos chicos a los que antes había ordenado permanecer sentados de inmediato se pusieron en pie y caminaron hacia aquella parte del bus.

—Venid muy despacio y sin armar jaleo. — Desvió la mirada hacia el conductor y comprobó que el hombre estaba ensimismado con la carretera; aquella parte del camino era poco segura y no podía distraerse. Los chicos caminaban tranquilamente, ambos esbozando amplias sonrisas—. Así, despacio y con calma, que nuestras amigas no se van a ir a ninguna parte.

Aquellos chicos formaban parte de la *Tropa de Fabián*, como todo el mundo los conocía. Todos ellos, unos quince muchachos, tenían dieciséis años de edad y, al igual que Alicia, cursaban 3° de BUP. Algunos de ellos estaban en su misma clase, y el resto repartidos entre las otras cuatro aulas destinadas a dicho curso. Pronto acabarían sus estudios y Alicia los perdería de vista; ninguno de ellos cursaría COU, su intelecto no daba para más. Aquello era algo que la chica anhelaba con toda su alma, porque todos ellos se dedicaban a hacerle la vida imposible, además de Rebeca, una de sus compañeras de clase y la pareja sentimental del hermano menor de Fabián —alguien que era muy especial para Alicia—.

Cuando los *matones* de Fabián estaban ya a mitad de camino, Alicia los miró fijamente a los ojos y ambos retrocedieron de nuevo hasta sus asientos sin decir una sola palabra; no hizo falta nada más para acabar con la humillación que ella y Emily estaban a punto de sufrir, simplemente clavó sus ojos en los de ellos... Ambos sintieron un ligero dolor en el interior de sus cabezas y no quisieron arriesgarse a que aquello fuera a más. Era sabido por todos en Gorate que cuando un Tofone se enfadaba y te miraba a los ojos, enseguida comprendías que si deseas seguir vivo era mejor que no lo molestases... Hacerlo normalmente daba como resultado que los cristales de las ventanas saltasen en pedazos, que las cosas ardiesen y que la gente muriese de formas bastante grotescas. Y claro, enfadar a Alicia en un espacio tan reducido como el interior del autobús era una auténtica locura. Allí no tenían escapatoria posible. En clase era otro cantar, cada vez que tenían la oportunidad le hacían la vida imposible a la chica, porque sabían que no se atrevería a hacer nada raro en el instituto —qué equivocados estaban—.

—¿Qué os pasa? —preguntó Fabián a sus amigos—. ¿Venís, o no? —Negaron con la cabeza, y uno de ellos le hizo ademanes para que mirase a Alicia, y él

la miró. Conforme vio la expresión que aquella macilenta chica le dedicaba, el muchacho decidió dejarlas en paz, al menos hasta que llegasen al instituto y estuviese respaldado por el resto de su *tropa* y por Simón, su segundo al mando—. Bueno, vale, me voy y os dejo con vuestras cosas... que esos dos tontos no quieren hacerme compañía. —Miró con ceño a sus amigos y se levantó—. Ya hablaremos luego en el instituto, Alicia...

El chico volvió junto a sus amigos, y Emily y Alicia continuaron hablando de sus cosas y mirando por la ventana. El autobús estaba a punto de internarse en la parte más profunda del *Bosque de los Lamentos*. Aquel inmenso bosque de encinas, almendros, castaños, nogales y algarrobos era muy, muy antiguo. Formaba un largo y retorcido brazo que conectaba el pueblo de Gorate con la ciudad de Torreleones. En otros tiempos fue conocido como *Bosque de la Oscuridad*, pero terminaron bautizándolo con ese otro nombre debido a una vieja historia que se contaba en la desaparecida aldea de Alderete.

Dicha historia narraba las penas de una madre viuda que tras fallecer su esposo tuvo que abandonar su casa en la aldea. Y al verse sin hogar y sin otra opción posible, a la mujer no le quedó otro remedio que

guarecerse en el bosque con sus tres hijos... Pues bien, uno tras otro, cada uno de los niños desapareció sin dejar rastro. La dolida madre terminó muriendo de pena, lamentando la pérdida de sus queridos niños. Según se decía, antes de caer muerta, la pobre infeliz recorrió el bosque una y otra vez, tanto de día como de noche, llorando y gritando el nombre de sus pequeños, lamentándose, maldiciéndose a sí misma por haber tomado la decisión de adentrarse en el maldito bosque, condenado a muerte a sus retoños. ¿Por qué desaparecieron?, ¿qué se los llevó? Eso es algo que nunca nadie averiguó. Pero los ensordecedores lamentos de la desdichada mujer sirvieron para rebautizar el bosque, porque nunca cesaron...

—*Al fin... el bosque* —susurró Emily. Alicia le sonrió.

El autobús pasó bajo un arco formado por dos algarrobos de un tamaño descomunal, y se internó de lleno en aquel oscuro corredor de altos árboles. Muchos de los chicos se pusieron nerviosos, mirando con inquietud el oscuro paisaje que veían desde las ventanillas; el bosque tenía muy mala fama por culpa de las historias que se contaban sobre él en Gorate y Torreleones, entre ellas, la que con anterioridad te he

resumido. Según se decía, de día el bosque era un lugar normal y corriente, incluso agradable para dar un paseo.

Pero por la noche era mejor no poner un solo pie allí porque se convertía en otra cosa: los troncos de los árboles se volvían negros y se retorcían, adoptando formas imposibles y amenazantes, sus hojas se volvían negruzcas o grisáceas. Una espesa bruma invadía todo el lugar, impidiendo que vieras el camino que debías seguir, e incluso dificultándote el respirar. Algunas historias, que también provenían de *Alderete*, contaban que entre aquellos negros troncos se abrían *puertas* que conectaban el bosque con otros mundos (e incluso con una pequeña aldea). A Emily le encantaba escucharlas, en su ignorancia creía que solo eran cuentos para asustar a los niños. A Alicia también le gustaban, aunque ella era consciente de que eran reales y no un mero entretenimiento.

La parada a la que se dirigían se encontraba a mitad de aquel tramo de carretera terrosa y descuidada, invadida por las gruesas raíces de aquellos inmensos árboles, sumida en la penumbra. Conforme recogiese a los chicos que esperaban en la parada, medio devorada por un descomunal castaño, recorrería otro pequeño trecho de camino sin asfaltar y volvería a la calzada.

Cinco personas: una chica de catorce años y sus cuatro hermanos pequeños, de seis, siete, ocho y nueve años, miraban fijamente el camino, aguardando la llegada del autobús. Se los conocía como los *Foneto*, su apellido materno, y, a pesar de que vivían en el bosque, en una pequeña casita de madera que su madre heredó de la suya, también formaban parte del *club* de familias apestadas de Gorate.

—Mira... el Árbol Cueva —dijo Emily, observando fijamente un gigantesco nogal con lo que parecía ser una cueva abierta al pie del ancho tronco—. Me encanta...

—Nunca te cansas de ver ese árbol, ¿eh? —respondió Alicia, dedicándole una sonrisa a su pequeña amiga.

—Es que se parece tanto a una de esas *puertas* sobre las que hablan los cuentos... Es un fastidio que mamá y papá no me dejen venir al bosque, me encantaría verlo de cerca. —Frunció el ceño e infló los mofletes, disgustada.

—Un día te ayudaré a convencerlos para que te dejen venir hasta aquí para que puedas verlo. —Emily aferró el brazo izquierdo de su amiga al tiempo que le sonreía, emocionada—. Pero no te hagas ilusiones,

Emily, es un simple árbol que involuntariamente forma una pequeña cueva... —Era mentira, una muy grande. Aquella cuevecita al pie del nogal se convertía por las noches en una de esas puertas que conectaban con otros mundos, concretamente con uno conocido como *Menfeyeg Osmanle*, o *Mundo Oscuro* en nuestra lengua; un mundo sumido en una noche eterna, donde habitaban seres de lo más extraño..., entre otras cosas.

El autobús llegó al fin hasta la Parada del Bosque —así rezaba en un viejo cartel de madera atornillado a un torcido poste metálico—, y los Foneto lo abordaron. Conforme entraron, se encaminaron a la parte de atrás del bus y se sentaron cerca de Alicia y Emily. Ambas los saludaron, pero solo los niños respondieron, la chica simplemente los miró con inquina, especialmente a Emily —le guardaba cierto rencor a los Malsete por culpa del hermano de la pequeña—, y desvió la vista hacia la ventanilla. El tono de piel de los cinco hermanos era bastante claro, no llegaba a ser pálido leche como el de Alicia, pero tampoco distaba demasiado. El cabello de todos ellos era negro e igual de brillante que el de los Tofone; los chicos lo llevaban corto y la chica en una media melena; su ojo izquierdo quedaba oculto por su flequillo. Se decía que los Foneto descendían

directamente de los Tofone, al igual que se afirmaba que los Malsete descendían de los Telmasé y los Sellets de los Lesselt, pero para Emily todo aquello eran simples cuentos, habladurías sin sentido de gente aburrida; Alicia conocía la verdad, pero prefería mantener a su amiguita en la felicidad de la ignorancia, al menos hasta que creciera un poco más.

—Jo... ya queda menos para llegar al cole —dijo Emily con congoja—. Odio el cole. —Realmente no odiaba el cole, sino a sus compañeros, que le hacían los días insufribles.

—Pues vas a echarlo mucho de menos cuando te llegue la hora de entrar en el instituto —dijo Alicia—. Lo pasé mal en el colegio, pero nunca tan mal como en el maldito instituto...

—¿Cómo era el colegio del pueblo? Nunca hemos entrado, siempre nos quedamos en el patio de los bustos, y es algo que me encantaría; parece una iglesia.

—De hecho, en su momento fue un convento y también un orfanato. Pero un día fue devorado por un incendio y el ayuntamiento del pueblo lo restauró, pero con la condición de que cumpliera las funciones de colegio. La verdad es que tanto por dentro como por fuera sigue siendo el convento que una vez fue... —dijo con

cierta melancolía, recordando con pena a las señoritas Clara y Leonor, las únicas profesoras que la trataron bien durante el tiempo que estudió allí; concretamente hasta 1983, el año en el que, según el hermano de Emily, los niños del pueblo desaparecieron—. Un día haremos una pequeña excursión para verlo por dentro.

—¡Sí, porfa! —gritó Emily, emocionada, y el resto de chicos en el bus, menos los hermanos Foneto, rieron mirándola de reajo. Emily se encogió en su asiento—. Me encantaría ver el colegio en el que mi hermanito estudió antes de... —Repentinamente guardó silencio, se le había hecho un nudo en la garganta; los ojos se le enrojecieron.

A veces la tristeza embargaba a Emily cuando hablaba de Andrés. Alicia le dedicó una cálida sonrisa y le acarició la cabecita. Ella conocía la verdad sobre lo que *ocurrió* con los niños del pueblo. Por aquel entonces cursaba sexto de EGB, y Andrés cursaba segundo. Sus aulas compartían pasillo y solían verse al entrar y salir de clase. Y a veces incluso jugaban juntos en el recreo; el hermano de Emily y Ángel, el mejor amigo de Andrés, eran los únicos niños en todo el colegio que se atrevían a acercarse a la pequeña Tofone. Alicia prefería mantener

todo aquello en secreto... contárselo le hubiera supuesto a su amiga un sufrimiento innecesario.

—Lo siento, Alicia, a veces me pongo triste sin venir a cuento... —Alicia negó con la cabeza, restándole importancia.

Emily deseaba formularle una pregunta más a su amiga (una que Alicia siempre se las ingeniaba para esquivar), concretamente: *¿Qué ocurrió con los niños del pueblo?* Era algo que la intrigaba mucho. Le resultaba demasiado raro que de un día para otro el colegio hubiera dejado de usarse a causa de la falta de alumnos. ¿Adónde habían ido a parar? Era un completo misterio. Cuando les preguntaba acerca de aquello a sus padres, ambos respondían que por aquel entonces no había más que un puñado de niños en el pueblo, incluyendo a Andrés, y que ninguno de ellos había desaparecido (la verdad absoluta para ellos. No eran capaces de recordar lo que en realidad ocurrió). Dicho esto, guardaban un silencio sepulcral; Alba incluso se molestaba con ella si trataba de continuar preguntando.

A pesar de la convicción con la que sus padres afirmaban aquello, por culpa de las constantes y accidentales afirmaciones de Alicia sobre lo contrario, Emily sabía que el fondo había algo más... pero no había

nadie más que pudiera aclararle las cosas. El espectro de su abuelita no hablaba desde 1983, por lo que Alicia era la única que podía responderle aquella pregunta.

—«*Tengo que preguntarle*» —se dijo observando fijamente a su amiga con aquella pregunta a punto de escapar de su boca. Pero el autobús pasó bajo otro arco formado por inmensos árboles y abandonó el *Bosque de los Lamentos* y ella decidió guardársela para cuando estuvieran a solas.

Allí se acababa el camino de tierra de atravesaba el bosque y comenzaba de nuevo la calzada. Era el último trecho de carretera antes de llegar a la ciudad de Torreleones, conocida por muchos como la *Ciudad de los Infortunios*. ¿Por qué? Por muchas razones —especialmente por culpa de un pozo—. Decenas de pajarillos parecían despedirlos; saltaban de rama en rama, cazando insectos, piando y buscando ramitas para construir sus nidos. Algunas ardillas correteaban al pie de los árboles, buscando nueces y bellotas. Emily observaba aquello cada día cuando el autobús abandonaba el bosque, y cada vez entendía menos por qué a nadie le gustaba. Visto por sus inocentes ojos, no era más que un simple bosque poblado por enormes y antiguos árboles, un lugar precioso y muy relajante. Era una verdadera

lástima que sus padres no la dejaran ir, ni siquiera en compañía de Alicia.

—Ahora sí que falta poco para llegar —espetó Emily—. No quiero llegar... —Alicia le sonrió y la cogió de la mano.

—Sé fuerte, mi querida Emily. Tú eres superior a ellos en todo; más inteligente, más guapa, y cuando despierte tu po... —Repentinamente guardó silencio.

—Cuando despierte mí... ¿qué? ¿Qué es eso que tiene que despertárseme? —preguntó la niña, intrigada.

—Nada, nada... Es algo que averiguarás cuando llegue el momento, mi pequeña amiga. —Alicia fijó la mirada en el paisaje, que pasaba velozmente junto a la ventanilla del autobús: campos poblados por olivos, terrenos de cultivo y pequeñas granjas. Hacía lo mismo siempre que no deseaba seguir hablando sobre algo en concreto.

Emily supo enseguida que no debía seguir presionando a su amiga, porque se arriesgaba a enfadarla, y no quería que los cristales del autobús saltasen en pedazos.

—«*Siempre tan hermética... Jo*» —pensó mirándola fijamente, y desvió la vista hacia la

ventanilla—. «*Algún día vas a tener que aclararme muchas cosas*»



Capítulo III

Solo faltaba una parada antes de que el autobús se internase en Torreleones. Nadie la usaba... Los que vivían cerca de ella preferían caminar hasta la siguiente, que ya se encontraba en el interior de la ciudad, en mitad del polígono industrial. A esta repudiada parada se la conocía como la *Parada de los Ahorcados*. Así rezaba en un cartel atornillado a la misma, escrito con pintura negra en espray. ¿La razón de este nombre? Una vieja historia, igual que en el caso del *Bosque de los Lamentos*, el *Estanque del Llanto Eterno* y el *Lago de los Ahogados*, próximo a la zona este de la ciudad. Aunque en este caso la parada le debía su nombre a más de una historia... Solo te contaré la primera de ellas, la responsable del bautizo.

Algunas décadas antes de aquel día, un hombre volvía a casa después de una larga jornada de trabajo en

Bodegas Gorate, la fábrica de vinos y licores del pueblo. Era un padre de familia con tres chiquillos de poca edad, que por desgracia en su día decidió casarse con una mujer muy egoísta. El pobre hombre llegó a la parada sobre la una de la madrugada a bordo del último autobús que hacía la ruta nocturna desde Gorate a Torreleones. Como vivía cerca de aquella zona, en una casita mata que colindaba con las primeras naves del polígono industrial, decidió apearse allí para caminar hasta su hogar y de paso recoger por el camino algunas flores para dárselas a su esposa como regalo de cumpleaños: *ajo lirios*, unas preciosas florecillas blancas que solo crecían en las afueras de Torreleones, al borde mismo de la carretera. Ella las adoraba...

El hombre recogió un buen manojito de aquellas flores y un puñado de matojos muy verdes que usó para darle vistosidad al ramo, y acto seguido se encaminó a casa. Recorrió a paso tranquilo el pequeño trecho de carretera que aún discurría por campo abierto y se internó en las primeras calles del *Polígono Tofone*, fundado en el año 1790 por Amancio Salazar Tofone, un antepasado indirecto de Alicia y uno de los dos fundadores de lo que en un principio fue conocido como la *Colonia minera de Orate*, que tiempo después, en 1810, y gracias a ciertos

sucesos, cambió su nombre a Torreleones y se convirtió en una enorme ciudad. Cuando el hombre llegó hasta la modesta casita que podía costear con su mísero sueldo, vio que uno de sus hijos, el mayor, lo esperaba en la puerta. El niño le advirtió que no entrase, pero el hombre, creyendo que era una broma, hizo caso omiso de su advertencia y cruzó la puerta de su hogar... Y encontró a su mujer tirada en el sofá, completamente desnuda, con un desconocido tumbado sobre ella que también estaba desnudo.

Ambos sudaban y respiraban agitados.

El hombre no dijo ni media palabra, ni agredió al extraño ni a su esposa. Salió de casa, besó a su hijo y caminó de regreso a la parada del autobús. Conforme llegó, tiró al suelo las florecillas que con toda buena intención había recogido, se quitó el cinturón y, sirviéndose de él, se ahorcó colgándose de la parada.

—*Míralo...* —le susurró Emily a Alicia—. *Ahí está Benjamín, puntual como siempre...* —El autobús se detuvo, y, menos los Foneto, Emily y Alicia, el resto de ocupantes se apelonaron en la parte delantera. Cada día hacían lo mismo. Ninguno de aquellos chicos veía lo que los ojos de Alicia y Emily captaban, y aún así se negaban a permanecer cerca de la parte trasera del bus cuando este

se detenía en aquella parada. Aquello era una alegría para Emily y Alicia, porque al estar algo más alejadas de sus compañeros ya no debían hablar entre susurros.

—Pobre hombre —dijo Alicia con cierta congoja—. Me pregunto cuándo irá a disiparse. Para ser un *eco* está durando demasiado tiempo...

A pesar de que no había nadie en la parada, el conductor estaba obligado a detener el autobús, a abrir las puertas y a aguardar allí al menos un minuto, por si alguno de los alumnos que vivían en las cercanías deseaba subir. Nadie corpóreo cruzó la puerta del autobús, solo Benjamín, el *primer ahorcado*. El hombre subió, abonó el billete, depositando algunas monedas etéreas en el salpicadero, y caminó hacia la parte trasera. Muy educadamente le dio los buenos días a Emily y a Alicia, que respondieron con una inclinación de cabeza —si le daban los buenos días, aquella mañana sus compañeros de clase tendrían tema de conversación para rato—. El resto de pasajeros notó un frío cortante cuando el espectro les pasó por al lado, y los Foneto, especialmente Lucía, la mayor, sintieron su tristeza.

Transcurrido el minuto de rigor, el autobús reanudó la marcha.

—Pobrecillo..., debería disiparse ya —dijo Emily, observando cómo el hombre se sentaba junto a los cinco hermanos; Lucía clavó la vista en el asiento que este había ocupado—. En Gorate hay ecos mucho más antiguos que él... pero no desprenden su misma tristeza.

—Cada persona es un mundo, Emily. Algunos dejan un eco que solo dura unos minutos, otros, uno que dura horas, y después tenemos casos como este y los de Gorate, que duran décadas y siglos... Al menos espero que, allá donde esté, su alma descansa en paz —dijo la chica observando al hombre, pensando en los *ecos* de todos sus ancestros que habitaban el Caserón Tofone: *vivían* en el interior de un grueso libro que era muy especial para su familia.

Llegados a este punto, es posible que te preguntes qué diablos es un *eco*, ¿cierto? Te lo resumiré, porque si te lo explicase en profundidad, necesitaría todo el libro... Cuando una persona muere, libera dos tipos diferentes de energía. Una de ellas es su alma, su espíritu, que, según lo que sé —y no es mucho—, conforme abandona el cuerpo asciende a vete tú a saber dónde... Llamémoslo Purgatorio. La otra energía es conocida como *eco*, y no es otra cosa que un reflejo de la persona fallecida, con sus mismos recuerdos, sus inquietudes y su

apariencia. Por norma general los ecos suelen durar solo unos minutos y después se disipan. Pero existen casos que llegan a *vivir* durante siglos. El eco de Benjamín se dedicaba a subir a cualquier autobús que se detuviera en aquella parada. Después se apeaba, volvía a la parada, y esperaba de nuevo a que llegase otro autobús; y así estaría hasta que se disipase.

Conforme el bus se detuvo en la Parada del Polígono (así rezaba en un cartel que colgaba de la parada), Benjamín se apeó y algunos alumnos más subieron a bordo; eran los últimos a recoger. Al salir de aquellas calles atestadas de viejas naves industriales de principios del siglo diecinueve, el autobús llegó a la *avenida de Málaga* —nombrada así en honor a la ciudad de Málaga, ya que tanto el pueblo como la ciudad formaban parte de la provincia—, que conducía en línea recta hasta la *calle de la Educación*. En uno de los extremos de dicha calle se encontraban tanto el colegio como el instituto de Torreleones, ambos con el mismo nombre: *Instituto Público Mario Domingo Telmasé* y *Colegio Público Mario Domingo Telmasé*, nombrados así en honor del otro fundador de Torreleones. En el otro extremo estaba la *Universidad Alfonso Ruiz Tofone*, otro pariente lejano e indirecto de Alicia.

—Qué nervios... —dijo Emily mirando a Alicia—. Ya vamos a llegar. —Algunos de sus compañeros de clase la miraban esbozando sonrisas burlonas; la jornada escolar estaba a punto de comenzar y con ella empezaría la tortura de Emily, además de la de Alicia.

—Relájate, Emily —respondió Alicia mirando fijamente a aquellos niños, que de inmediato dejaron de mirar a Emily—. No se merecen tu miedo ni tu nerviosismo, no son más que... No merece la pena ni el gasto de saliva para catalogarlos de algo. —Emily le dedicó una sonrisa de agradecimiento a su amiga y miró por la ventana.

Atravesando aún la *avenida*, el autobús se internó en la *Zona Nueva*, la parte más moderna de Torreleones, donde se encontraba el único centro comercial de la ciudad: el *Mavi*. Torreleones estaba dividida en tres *zonas*. Había sido construida formando un enorme círculo de aproximadamente unos de doscientos quince kilómetros de diámetro, dividido en tres anillos. En el centro del círculo se alzaba dominante el monumento que le otorgaba su nombre a la ciudad: la *Torre de los Leones*, que en otros tiempos fue el acceso a las minas que originaron la fundación de la *Colonia de Orate*.

Se trataba de una inmensa torre de mármol blanco que simulaba ser un faro portuario, una imitación del *Faro* del puerto de Málaga. Su base, de mármol negro, estaba rodeada por seis leones de bronce, todos ellos sentados sobre los cuartos traseros. El primer anillo, conocido como *Zona Antigua*, se cerraba alrededor del monumento; allí se encontraban las primeras casas que los mineros de la *Colonia* construyeron, todas ellas idénticas a las de Gorate. El segundo, la *Zona Nueva*, conformado mayormente por altos edificios de los años cincuenta en adelante, se cerraba alrededor del primero. Y finalmente el tercero, la *Zona Industrial* (Polígono Tofone), un polígono circular colmado de antiguas naves industriales, chalets y alguna que otra urbanización, que rodeaba a toda la ciudad.

Para cuando el autobús había recorrido la mitad de la *avenida de Málaga*, que partía en dos los tres anillos que formaban la ciudad —bordeando la *Torre de los Leones*—, el gentío ya se había apoderado de aquella calle. Algunos se dirigían a sus trabajos, otros ya ocupaban su puesto, barriendo la calle, vaciando las papeleras, abasteciendo de mercancía a los diferentes negocios. Otros tantos desayunaban en las terrazas de los bares, mirando de reojo sus relojes, que les indicaban que

su jornada pronto daría comienzo. Unos pocos hacían turismo, aunque estos eran raros de ver... Torreleones no era una ciudad que atrajese mucho al turismo, era sumamente aburrida, demasiado; y lo sé muy bien porque crecí allí... aunque a pesar de ello la amaba con toda mi alma —y jamás pude volver—.

—¿Has traído el Orbe contigo, Grímory? — preguntó el hombre que iba enfundado en un grueso abrigo negro de algodón.

—Pues claro que sí, Joseph. ¿Acaso crees que iba a olvidarlo? —espetó Grímory, el hombre del traje morado. Ambos permanecían en pie sobre el techo del autobús, que estaba en marcha. Nadie parecía verlos.

Joseph lo miró de soslayo y arqueó las cejas.

—No será la primera vez que se te despista algo que es vital para el plan... Concretamente como hace noventa y tres años, cuando perdiste de vista el Orbe y Alfonso Ruiz Tofone estuvo a punto de...

—Bla, bla, bla... Joseph, eres muy pesado — espetó Grímory interrumpiendo a Joseph. Esbozó una amplia sonrisa que dejó a la vista una prominente dentadura de dientes largos y picudos, y saltó del autobús. Al aterrizar sobre el asfalto se sumergió en él como si de agua se tratase.

—Maldito seas... —Un acelerado *tic, tac, tic, tac* que parecía provenir del brazo derecho de Joseph comenzó a sonar, y aquel misterioso hombre se transparentó hasta que desapareció.

Alicia miraba fijamente hacia el techo del autobús; notaba algo. Emily también miraba; ella también notaba algo. Lucía también clavaba la vista en el techo.

—*¿Has notado eso, Alicia? Era como una corriente estática, como cuando me coges en brazos y me transportas...* —susurró Emily.

—*Sí... parece ser que había alguien con dones encima del autobús.* —Desvió la mirada hacia la mayor de los Foneto—. *Tú también lo has notado, ¿verdad, Lucía?* —le susurró. La niña arqueó la ceja derecha, la única que era visible, y miró para otro lado, al igual que sus hermanos—. Siempre igual, Luci... Espero que en algún momento te animes a hablar con nosotras. —Ambas se conocían muy bien. Además de Andrés y Ángel, Lucía había sido compañera de colegio de Alicia hasta 1983: cursaba cuarto curso en el colegio del pueblo y su aula compartía también pasillo con la de Alicia y Andrés. Pero tras los sucesos que provocaron la

desaparición de los niños, la mayor de los Foneto había cortado todo contacto con ella.

Ya solo quedaba un pequeño trecho antes de llegar a la *calle de la Educación*. Era la parte del camino que más odiaba Emily, porque, luego de dejar atrás el Mainor du Marquis (un antiguo hotel que perteneció a los Telmasé), el autobús pasaba junto al *Centro Lesselt para Enfermedades Mentales*, la clínica de salud mental de Torreleones, donde Andrés había sido internado hacía ya cinco años. Enseguida el rostro de la pequeña se compungió y sus pequeños ojos verdes con toques de amarillo se enrojecieron. No conocía a su propio hermano; la última vez que lo vio, ella solo tenía dos años de edad... Lo poco que sabía sobre él era lo que sus padres le habían contado, y no era mucho.

Al ver la clínica, Fabián se puso en pie y comenzó a corear una molesta cancioncilla en compañía de sus dos amigos, y otros tantos niños se le unieron:

—*El Niño loco mira por la ventana... Espera pacientemente a que lo liberen de su encierro para volver a Gorate y buscar a sus amigos imaginarios...* — Empleando sus lápices y bolígrafos, golpeando con ellos las partes metálicas de los asientos, sus dos *matones* interpretaban una melodía que acompañaba la canción—

. *Pobre Niño loco, pobre niño chiflado, que a sus amigos nunca pudo encontrar...* —Fabián miraba a Emily con inquina. La pobre niña hacía lo imposible por contener el llanto.

Alicia clavó en él sus ojos sin brillo, y repentinamente la ventanilla a espaldas del chico se rajó de arriba abajo emitiendo un fuerte *crack*.

—Qué pasa ahí, ¿eh? —espetó el conductor, y se giró—. ¿Quién ha roto la condenada ventanilla? —preguntó encolerizado.

—¡Ha sido Alicia! —gritó Fabián—. La ha mirado, ¡y se ha roto! ¡Es una bruja! —espetó aspaventando los brazos.

—En cuanto lleguemos al instituto, tú y yo vamos a ir a hablar con el director, Fabián; esa ventanilla vas a pagarla de tu bolsillo —indicó el conductor—. Y ahora... ¡Silencio todo el mundo! —Todos callaron de inmediato. No era buena idea enfadar al conductor, porque eso provocaba que el desgraciado que lo hubiera enfadado tuviera que caminar desde Gorate hasta Torreleones durante una buena temporada.

Emily abrazó a Alicia, y ella le dio un beso en su cabecita castaña. La niña continuó contemplando aquel inmenso edificio, una cárcel en otro tiempo, una cárcel

en aquel entonces, solo que para personas con trastornos mentales. Era un edificio completamente cuadrado rodeado de otros tantos edificios cuadrados de menor tamaño, todos ellos construidos con enormes piedras grises cuadradas; gruesos barrotes de hierro bloqueaban las estrechas ventanas de cada uno de ellos. La pequeña ansiaba ver a su hermano, pero cada vez que se lo pedía a sus padres ellos le decían que aún no era el momento, que el Doctor no lo recomendaba. Y así llevaban ya dos años.

—*Malditas sean esas dos...* —susurró Fabián mirándolas con inquina—. *Siempre se las arreglan para que el rarito del conductor las proteja, aunque no lo pretenda. Pero esta me la cobro...*

Una reluciente Citroën C15 tan roja como un tomate maduro estaba aparcada junto a la *Universidad Alfonso Ruiz Tofone*. Un hombre regordete y con el pelo cobrizo, rizado y revuelto cargaba algunas cajas en su vieja carretilla amarilla. Debajo de un chaquetón del mismo rojo que la furgoneta el hombre llevaba puesta una camisa de cuadros rojos y verdes junto a unos desgastados tejanos azules. Las cajas contenían exquisitos manjares provenientes de un obrador del Polígono Tofone: *locas* «por si te lo estás preguntando,

lector, las locas son un dulce típico de la provincia de Málaga, hecho de hojaldre, crema pastelera y yema de huevo», *petisús, palmeras de chocolate...* Era Tomás, el padre de Emily.

Algunos jóvenes aguardaban en la puerta de la universidad a que el hombre acabase de cargar la carreta; deseaban desayunar, y hasta que él llegase y despachase el género en la cafetería, les resultaría imposible.

—¡Vamos, Tomás! —gritó un muchacho, dedicándole al hombre una amplia sonrisa.

—¡Ahí está mi Tomás, el mejor repartidor del mundo! —espetó una muchacha, ovacionando al hombre.

—¡Tomás, Tomás, es el mejor! —gritaron unos cuantos a coro.

—Caray... cuánto cariño le coge a uno la gente cuando su desayuno depende de ello —espetó Tomás, y rompió a reír a carcajadas—. Ya voy, ya voy... —dijo, risueño. Desvió la mirada hacia atrás y vio a lo lejos el autobús que llevaba a su niña al colegio—. Ahí está mi niña... espero que el día de hoy no sea duro para ella.

El autobús se detuvo en la Parada de la Educación, en la *calle de la Educación*, encajonada entre el colegio y el instituto. Todos los alumnos bajaron de

inmediato, menos Fabián, que, por orden de Aparicio, el conductor, permaneció a bordo.

—Aquí nos separamos, mi querida Emily. Solo por unas horas —dijo Alicia. La pequeña asintió con pena.

—Ojalá el día pase rápido. Y ojalá que Fabián no intente nada contra ti; está muy enfadado por lo del cristal...

—Si lo intenta, le quitaré las ganas de volver a molestarla —espetó un chico que, al igual que Alicia, asistía al instituto; estudiaba COU. Era alto, de cabello pajizo y rizado recogido en una cola de caballo que le llegaba hasta la mitad de la espalda. Sus ojos, de pupilas ligeramente rectangulares, similares a las de los ojos de las cabras, presentaban un intenso azul eléctrico. Se llamaba Lázaro Gamarra Sellets, y también descendía de una de aquellas familias pertenecientes al *club de familias apestadas*. Aunque a diferencia de sus amigas, él vivía en Torreleones—. Vamos, Alicia. Te acompaño a tu clase y me voy para la mía, que hay examen y no quiero llegar tarde. —Alicia asintió dedicándole una cálida sonrisa a Lázaro, uno de los dos únicos chicos del instituto que la respetaban.

Las dos amigas se dieron un abrazo. Y antes de que se marchasen, Emily saltó a los brazos de Lázaro y le dio un beso en agradecimiento por cuidar de su amiga. Entonces la pequeña salió corriendo detrás de los *Foneto* de menos edad, que formaban un pequeño grupo; ellos eran algo más comunicativos que su hermana, aunque solo cuando ella no estaba presente. Luego de mirar de soslayo al muchacho, adoptando un ligero rojo tomate en su macilenta piel, Lucía siguió a Lázaro y a Alicia. No dejó escapar ni si quiera un simple *hola*, se limitó a caminar tras ellos. El chico la miró de reojo y le sonrió, y ella se puso todavía más colorada.

—Ahí va nuestra pequeña amiga —dijo Grímory, y de un segundo a otro dejó de ser un hombre con perilla y traje morado y pasó a tener la apariencia de una mujer, concretamente de una monja perteneciente a la congregación de las *Hermanas de las Lágrimas*, la orden religiosa de Gorate. Iba enfundada en un largo vestido negro que ocultaba sus pies, con mangas largas que escondían sus manos, coronado por una radiante cofia blanca que ocultaba su largo cabello rojo—. ¿Cómo estoy? —le preguntó a Joseph, y dejó escapar una risita coqueta—. Preciosa, ¿verdad? —Se sonrojó—. Ahora

soy la hermana Grinalde. —Clavó en su compañero unos ojos de un verde muy intenso.

Joseph lo miró con rostro sombrío y guardó silencio. Ambos se encontraban ocultos detrás de unos árboles, en el jardín del colegio. Grímory comenzó a vomitar algo, una plasta negra plagada de ojos. Aquella amalgama se dividió y cuatro niños vestidos de monaguillo cobraron forma, cada uno de ellos idéntico a Grímory, pero sin perilla y de menor estatura.

—¡Y estos son mis monaguillos! —Rompió a reír a carcajadas. Los monaguillos rieron también.

—Déjate de tonterías... ¿Dónde está el Orbe? — La hermana Grinalde sacó de la manga derecha de su hábito una esfera roja como la sangre del tamaño de una canica.

—Aquí está... pesado. —La puso en la palma de su mano y enseguida cambió de tamaño; ahora era del tamaño de un balón de fútbol—. Ahora solo he de esperar a que toque religión para ver si esto reacciona ante la niña.

—Sí. Y yo voy a buscar a la profesora de religión para dejarla dormida. Después modificaré la memoria de todos los docentes del centro para que recuerden que hoy estaba enferma y que una de las Hermanas de las

Lágrimas impartiría su clase. —La hermana esbozó una sonrisa que dejó a la vista sus dientes afilados, los monaguillos hicieron lo mismo—. Esconde esos dientes... y los de esas cosas... —Ahora todos ellos tenían dientes perfectos y blancos como perlas, y enseguida se internaron en el colegio, siguiendo a Emily y a los Foneto. Joseph los observó en silencio hasta que todos se perdieron de vista—. La hermana Grinalde... así acabó sus días, consumida por Grímory. Supongo que es el justo castigo después de lo que hizo... —dijo observando alejarse a Alicia, Lázaro y Lucía; aunque especialmente a Lázaro y a Lucía—. ¿Es posible que sean ellos? —se preguntó—. Sería demasiada casualidad... aunque esa chica tan similar en apariencia a un Tofone... —Arqueó las cejas—. La recuerdo, hace cinco años estaba en el colegio del pueblo, y, sin embargo, se salvó de *ella*...

Mientras seguía a Lucía con la vista, barajando la posibilidad de que la chica formase parte del *plan* —al igual que Lázaro—, su brazo derecho emitió un ruidoso y acelerado *tic, tac, tic, tac* y, luego de un destello de luz blanca, su atuendo cambió por el uniforme de los conserjes del colegio: pantalón verde con jersey verde y el logo del centro estampado en la pechera: *CPMDT*, las

siglas de *Colegio público Mario Domingo Telmasé* —
pero mantuvo las gafas. Joseph nunca mostraba sus
ojos—. Se encaminó al interior del edificio.